

Diario republicano independiente, órgano de expresión del Frente Popular

La Libertad

REDACCION, ADMINISTRACION Y TALLERES MADERA, 8 Apartado de Correos 981 Director-Gerente ANTONIO HERMOSILLA

HORAS HISTÓRICAS

A partir de la noche del domingo actúa en Madrid el Consejo Nacional de Defensa, formado por el coronel Casado, Julián Besteiro, Wenceslao Carrillo, Miguel San Andrés, Eduardo Val y Manuel González Marín

LA MISION DEL CONSEJO NACIONAL DE DEFENSA LOS SALVADORES DE LA PAZ

A partir de la noche del domingo, se ha abierto un nuevo capítulo en la historia de España. Pero la historia contemporánea se escribe siempre mal cuando no aparece en ella un hecho o un hombre que imprima al país el aspecto de las nuevas ansias que en él vibran y presionan. Por fortuna, podemos escribir claro porque el hecho ha acaecido y los hombres se han presentado. Con la formación del Consejo Nacional de Defensa se ha evitado, en primer lugar, el que unos gobernantes fracasados continuasen torciendo a viva fuerza el curso de la sociedad española, sujetando a ésta cruelmente en el potro de sus teorías personalistas. Con la permanencia de un jefe de Gobierno autocrático había desaparecido en España algo consubstancial con el país: la opinión pública. Se había bastardeado el sistema representativo, y los españoles vivíamos condenados al silencio. Se gobernaba de un modo irregular, porque al pueblo se le ocultaban las verdades, erróneamente, y se había producido, a partir de la ocupación de Cataluña por el general Franco, un estado de confusión peligroso e insostenible. No era posible continuar así. El dualismo, es decir, la oposición existente entre gobernantes y gobernados, hubiera desembocado en una catástrofe horrenda. Contra esto se han alzado abiertamente unos hombres, que de antemano contaban con la confianza del pueblo. Han salvado la situación. Y todavía más: han salvado la paz.

La paz, honrosa y digna; la paz, sin represalias ni crímenes. Anhelos supremos del pueblo español. La paz por España, mediante la conciliación en la independencia y en la libertad, como afirma el coronel Casado. La paz, que, aunque no signifique un completo triunfo para nosotros, valga mil veces más que una victoria material lograda a fuerza de claudicaciones y de villipendios, según la sincera y elocuente expresión de D. Julián Besteiro. La paz, sin humillaciones ni debilidades, pero con la conciencia de nuestros actos, como la quiere el teniente coronel Cipriano Mera.

Agrupémonos, pues, en torno a estos salvadores de la paz. Para tan elevada, noble e histórica misión cuentan éstos con la adhesión íntegra, incondicional, de LA LIBERTAD. En nuestras columnas fue lanzada la sugerencia de dos nombres: Casado y Besteiro. Quisimos ser más explícitos con nuestros lectores; pero el Gabinete de Censura, víctima también, como la propia Prensa, de las órdenes dictatoriales del Gobierno, lo impidió. Quisimos aclarar y justificar nuestro anhelo de paz, creyendo servir así los intereses de la nación. Nuestro deseo razonable no pudo exteriorizarse, porque el Gobierno había asfixiado, en su impotencia moral, la constitucional libertad de imprenta. Hoy, al fin, podemos ser intérpretes del único deseo nacional: la paz. Pero la paz en las condiciones terminantemente expresadas por el Consejo Nacional de Defensa. Una paz con prestigio que permita al pueblo español ser tan feliz como merece.

Exento de todo espíritu de caudillaje, el Consejo Nacional de Defensa, formado por hombres de valor, de talento y de patriotismo suficientemente probados, dirigirá su actuación hacia el logro de la paz apetecida. Ni vencedores ni vencidos deben aferrarse a leyes inexorables. De otro modo, se abriría a nuestros pies un abismo de muerte. Ya han caído, condenados por la opinión pública, los gobernantes que no supieron salvar a España y a la República. Es el fin fatal que aguarda a los hombres que acometen empresas superiores a sus fuerzas: brillar un día, desacreditarse en pocos y caer repentinamente.

Recobremos cuanto antes la estabilidad perdida. Dejemos de vivir en estado de intimidación. Reconstruyase España sobre principios de paz y de fraternidad. Que nuestras ciudades dejen de ser ríos de sangre y nuestros campos pirámides de cadáveres. ¡Alejemos de nosotros la visión de una España convertida en un monumento fúnebre! España está hecha para la paz. Dejen de pensar algunos que sobre ellos recae el designio de intentar lo imposible, que las mudanzas trascendentales de un país tienen por base la creación y no la destrucción. Llegue pronto la paz. Con justicia, pero sin violencia; con reparación, pero sin reacciones bruscas. Paz prudente y equitativa. Sin contrarrestar el espíritu de la época, que es comprensión y progreso y tolerancia. Paz que salva la dignidad de las personas. Una paz que no se apellede guerra.

Y, ante todo, y por encima de todo, cúmplase la voluntad nacional.

Se constituye el Consejo Nacional de Defensa y lanza un manifiesto al país

“Actuamos con plena responsabilidad de la misión que nos imponemos”

«Ha llegado el momento en que no es necesario proclamar a los cuatro vientos la verdad escueta de la situación en que nos encontramos. Como revolucionarios, como proletarios, como españoles y como antifascistas, no podemos continuar por más tiempo aceptando pasivamente la imprevisión, la carencia de orientaciones, la falta de organización y la absur-

da inactividad de que da muestras el Gobierno del doctor Negrín. La misma trascendencia de los momentos que atravesamos, el carácter definitivo de aquellos que se aproximan, hace que no pueda continuar ni un momento más el silencio y la incertidumbre, origen del más tremendo desconcierto, que se deriva de la conducta suicida de ese puñado de

Constitución del Consejo Nacional de Defensa

En las primeras horas de la noche ha quedado constituido definitivamente el Consejo Nacional de Defensa, de la siguiente forma: PRESIDENCIA.—Excelentísimo señor general Miaja. ESTADO.—Excmo. Sr. D. Julián Besteiro. DEFENSA.—Coronel D. Segismundo Casado. GOBERNACION.—D. Wenceslao Carrillo. JUSTICIA Y PROPAGANDA.—D. Miguel San Andrés. COMUNICACIONES Y OBRAS PUBLICAS.—D. Eduardo Val. HACIENDA Y ECONOMIA.—D. José González Marín. INSTRUCCION PUBLICA Y SANIDAD.—D. José del Río.

hombres que todavía continúa aplicándose la denominación de Gobierno, pero en los que nadie cree, en los que nadie confía. Han pasado muchas semanas desde que se liquidó, con una deserción general, la guerra de Cataluña. Todas las promesas que se hicieron al pueblo en los más solemnes momentos fueron olvidadas; todos los deberes, desconocidos; todos los compromisos, delictuosamente pisoteados. En tanto que el pueblo en armas sacrificaba en el ara sangrienta de las batallas unos cuantos millares de sus mejores hijos, los hombres que se habían constituido en cabezas visibles de la resistencia abandonaban sus puestos y buscaban en la fuga vergonzosa y vergonzante el camino para salvar su vida, aunque fuera a costa de su dignidad.

Esto es lo que no puede repetirse en el resto de la España antifascista.

No puede tolerarse que en tanto se exige del pueblo una resistencia encarnizada se hagan los preparativos de una cómoda y lucrativa fuga; no puede permitirse que en tanto el pueblo lucha, se sacrifica, combate y muere, unos cuantos privilegiados preparen su vida en el Extranjero. Para impedir esto, para borrar tanta vergüenza, para evitar que se produzcan las deserciones en los momentos más intensos es por lo que se constituye el Consejo Nacional de Defensa. Y hoy, con plena responsabilidad de la trascendencia de la misión que nos imponemos, con absoluta seguridad en la lealtad de nuestro pasado, de nuestro presente y de nuestro futuro, en nombre del Consejo Nacional de Defensa, que recoge sus poderes del arroyo, adonde los arrojara el Gobierno del doctor Negrín, nos dirigimos a todos los trabajadores, a todos los antifascistas, a todos los españoles, para, poniéndonos al frente de los deberes que a todos incumben, darles la garantía plena de que nadie, absolutamente nadie, podrá rehuir el cumplimiento de esos deberes y esquivar, en una última pirueta arlequinésca, la responsabilidad que le incumben por sus palabras y por sus promesas.

Constitucionalmente el Gobierno del doctor Negrín carece de toda base jurídica en la cual apoyar sus mandatos. Realmente carece también de la tranquilidad y del aplomo, de la decisión de sacrificio que es exigible a todos los que de una u otra manera pretenden ponerse al frente de los destinos de un pueblo tan heroico, tan abnegado, como el pueblo español. En estas condiciones, al desconocer y negar la autoridad de Negrín y sus ministros para mantenerse en el Poder, afirmamos nuestra propia autoridad de auténticos y genuinos defensores del pueblo español, de hombres que están dispuestos, dando como garantía su propia vida, a que el destino de uno sea el de todos y a que nadie escape al cumplimiento de los sagrados deberes que a todos incumben por igual.

No venimos a hacer frases; no venimos a jugar al heroísmo. Venimos a señalar el camino que puede evitar el desastre y marchar,

junto con el resto de los españoles, por ese camino, con todas sus consecuencias. Aseguramos que no saldrá de España ninguno de los hombres que en España deban estar hasta tanto que por libre determinación salgan de ella todos los que de ella quieran salir. Proponemos la resistencia para no hundir nuestra causa en el ludibrio ni en la vergüenza. Para esto pedimos el concurso de todos los españoles. Y para esto damos también a todos la seguridad de que

nadie, absolutamente nadie, escapará al cumplimiento de los deberes que le correspondan. «O nos salvamos todos, o todos nos hundimos», dijo el doctor Negrín. Y el Consejo Nacional de Defensa se impone como primera y última, como única tarea, convertir en realidad esas palabras. Para ello recabamos vuestro auxilio. Para ello exigimos vuestra colaboración. Y nos mostraremos inexorables con los que hurten el pecho al cumplimiento del deber.»

¿Ciudadanos españoles! Después de un largo y penoso silencio, hoy me veo obligado a dirigiros la palabra, por un imperativo de la conciencia, desde un micrófono de Madrid.

«Ha llegado el momento en que irrumpir con la verdad y rasgar la red de falsedades en que estamos envueltos es una necesidad ineludible, un deber de humanidad y una exigencia de la suprema ley de la salvación de la masa inocente e irresponsable. ¿Cuál es la realidad de la vida actual de la República? En parte lo sabéis; en parte lo sospecháis o lo presentís; tal vez muchos, en parte, al menos, lo ignoran.

Hoy esa verdad, por amarga que sea, no basta reconocerla, sino que es preciso proclamarla en alta voz para evitar males mayores y dar a la actuación pública urgente toda la abnegación y todo el valor que exigen las circunstancias. Las verdades es, conciudadanos, que, después de la batalla del Ebro, los Ejércitos nacionalistas han ocupado totalmente Cataluña, y el Gobierno republicano ha andado errante, durante largo tiempo, en territorios franceses.

La verdad es que cuando los ministros de la República se han decidido a retornar a territorio español carecen de toda base legal y de todo el prestigio moral necesario para solucionar el grave problema que se presenta ante nosotros.

Por la ausencia, y más aún por la renuncia del presidente de la República, ésta se encuentra decapitada. Constitucionalmente, el presidente del Congreso no puede substituir al presidente dimisionario más que con la obligación estricta de convocar a elecciones presidenciales en el plazo improrrogable de ocho días. Como el cumplimiento de este precepto constitucional es imposible en las actuales circunstancias, el Gobierno del Sr. Negrín, falto de la asistencia presidencial y de la asistencia de la Cámara, a la cual sería vano intentar dar una apariencia de vida, carece de toda legitimidad y no puede ostentar título alguno al respecto y al reconocimiento de los republicanos. ¿Quiere decir esto que en el territorio de la República exista un

estado de desorden? No. El Gobierno del Sr. Negrín, cuando aún podía considerarse investido de legalidad, declaró el estado de guerra, y hoy, al desmoronarse las altas jerarquías republicanas, el Ejército de la República existe con autoridad indiscutible, y la necesidad del encadenamiento de los hechos ha puesto en sus manos la solución de un problema gravísimo, de naturaleza esencialmente militar.

¿Quiere decir esto que el Ejército de la República se encuentra desasistido de la opinión civil? En modo alguno. Aquí, en torno mío, en este mismo locutorio, se hallan una representación de Izquierda Republicana, otra del Partido Socialista, otra de la U. G. T. y otra del Movimiento Libertario.

Todos estos representantes, juntamente conmigo, estamos dispuestos a prestar al Poder legítimo del Ejército republicano la asistencia necesaria en estas horas solemnes.

El Gobierno del Sr. Negrín, con sus veladuras de la verdad, con sus verdades a medias y con sus propuestas capciosas, no puede aspirar a otra cosa que a ganar tiempo, tiempo que es perdido para el interés de la masa ciudadana combatiente y no combatiente. Y esta política de aplazamiento no puede tener otra finalidad que allmentar la morbosa creencia en que la complicación de la vida internacional permita desencadenar una catástrofe de proporciones universales, en la cual, juntamente con nosotros, perecerán las masas proletarias de muchas naciones del Mundo.

De esta política de fanatismo catastrófico, de neta sumisión a órdenes extrañas, con una indiferencia completa hacia el dolor de la nación, está sobrecargada ya la opinión republicana toda. Yo os hablo desde este Madrid, que ha sabido sufrir y sabe sufrir con emocionante dignidad su martirio. Yo os hablo desde este «rompepleno de todas las Españas», que dijo el poeta inmortal que hemos perdido, tal vez abandonado, en tierras extrañas. Yo os hablo para deciros que cuando se pierde es cuando hay que demostrar, individuos y nacionalidades, el valor que se posee. Se puede perder, pero con honradez y dignamente,

sin negar su fe anonadados por la desgracia. Yo os digo que una victoria moral de ese género vale mil veces más que una victoria material lograda a fuerza de claudicaciones y de villipendios. Yo os pido, poniendo en esta pe-

REFLEXIONES DEL MOMENTO “No hay bien ni mal que cien años dure...”

Por Antonio Hermosilla En estas horas de verdadera meditación nacional he procurado adentrarme en las páginas de un libro de aforismos latinos y de proverbios castellanos, que encierran en sí la filosofía de generaciones distintas. No hay cosa mejor para contener los corceles desbocados del pensamiento que estas reflexiones nacidas de la experiencia, que, quiérase o no, han sido siempre madre de la ciencia. El antídoto de la pasión no puede ser otro que el de la reflexión serena. En la vida, para el dolor fueron siglos los instantes y para el placer fueron instantes los siglos. El hombre con estoicismo bastante, que sepa sobrellevar el dolor, por tremendo que sea, y desdeñar el placer, por agradable que se le presente, es, indudablemente, el que más cerca está de guardar el equilibrio que requiere ese inestable flujo y reflujo de pasiones que amenaza dar al traste con los más bellos ideales de la sociedad.

«Extrema gaudii luctus occupat.» He aquí un aforismo ciceroniano —y Cicerón no fué un cualquiera— que revela cómo una antorcha del Derecho, en su más amplio sentido, supo plasmar magistralmente en una frase esas leyes inmutables que rigen, o deben regir, las conciencias más propensas a la vehemencia y a los desbordamientos. Teniendo en cuenta siempre esta filosofía clásica, más útil y necesaria, muchas veces, que las más brillantes piezas oratorias de cualquier propagandista, un día advertíamos a un gran amigo nuestro de los peligros de esa vehemencia, de esa incredulidad, de esa megalomanía, de esa creencia, innata en todos los seres mediocres, de que el Mundo gira en derredor suyo.

Valera, Ricardo Gasset, Artigas Arpón fueron testigos presenciales de las palabras que por aquel entonces se creyeron insolentes. Los hechos, por desgracia, nos dieron la razón. Celebrábase el triunfo de las tropas republicanas en la Alcarria. Fué en aquellos momentos cuando un hombre de gran altura y de serena reflexión quiso terminar la guerra. Al oído de algún protagonista de la tragedia quizá también sonaran estas mismas palabras de «extrema gaudii luctus occupat.»

El diputado madrileño que las pronunció marchó por entonces a Inglaterra

planteó ante las más altas, empujadas y brillantes representaciones políticas y diplomáticas del Mundo el problema de España. Trájolo resuelto; pero la victoria de la Alcarria dió al traste con sus buenos oficios. «Extrema gaudii luctus occupat.» Mucho antes, infinitamente antes de estallar la revolución española, hubo otro político a quien en su mismo despacho gubernamental le advertimos del peligro que corría. Fué alcalde, presidente de la Diputación y ministro y candidato a «führer» español. Sus éxitos resonantes le hicieron olvidar aquel aforismo latino de «extrema gaudii luctus occupat.» Y murió trágicamente.

Cuando la gran guerra del año 14, Alemania, que había ganado todas las batallas, perdió la guerra, y los vencedores, llenos de «alegría» y de odio y de deseos de venganza, le impusieron unas aplastantes condiciones de paz. Y también olvidaron el proverbio latino de «extrema gaudii luctus occupat.» como hemos visto en Munich. Por eso, si víáramos un desbordamiento de pasiones, una borraquera de triunfos, un deseo de venganza, una locura de victoria, repetiríamos con el clásico: «Extrema gaudii luctus occupat.»

responsabilidad, que en este momento grave asistáis, como nosotros los asistimos, al Poder legítimo de la República, que transitoriamente no es otro que el Poder militar.

DISCURSO DEL CORONEL CASADO “El pueblo español no abandonará las armas mientras no tenga la garantía de una paz sin crímenes”

«Españoles de allende las trincheras. Una vez más me dirijo a vosotros desde Madrid, quicio de la guerra, capital de la patria y espejo de las virtudes españolas, fijándome poco en las ideas, los extravíos y las ambiciones, que nos separan; pero mucho en el dolor que por igual sufrimos y en el amor, que no quiero suponer extinguido en vosotros, a este solar nativo, que desde hace treinta y un mes estamos cubriendo de ruinas y de sangre. Soy lo que siempre fui y estoy donde siempre estuve. Militar que jamás intentó mandar a su pueblo, sino servirle en toda ocasión, porque entiendo que la milicia no es cerebro de la vida pública, sino brazo nacional; quien os habla juró lealtad a una bandera, y leal a ella sigue; leal a la obligación de luchar por la libertad y la independencia de su pueblo, y en defenderla cifra su mayor orgullo. Desde el infausito día en que estalló la guerra, yo, como todos los militares no sublevados contra el régimen que España se dió pacífica y legalmente, ni he tenido que hacer abjura-

INFORMES OFICIALES

Continúan los bombardeos de la aviación enemiga

Parte oficial de guerra de la zona Centro-Sur, facilitado por la Sección de Información del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos, correspondiente al día 6 de Marzo de 1939:

«EJERCITO DE TIERRA.—Sin novedades dignas de mención en todos los Ejércitos. AVIACION.—Durante la madrugada última, un «hidro» enemigo bombardeó el pueblo de Santa Pola y Torreveja. Esta mañana fueron objeto de agresiones aéreas las ciudades de Alicante, Valencia, Sagunto y el pueblo de Olifuentes. Durante la tarde, la aviación enemiga insistió en sus agresiones sobre el puerto de Valencia, que fué bombardeado tres veces más.

A consecuencia de todos estos ataques aéreos resultaron algunas víctimas entre la población civil de las poblaciones agredidas.»

REUNION DEL CONSEJO NACIONAL DE DEFENSA

Nota facilitada por el Gabinete de Prensa del Cuartel general: «El Consejo Nacional de Defensa se ha reunido esta tarde, dándose por enterado de las valiosas adhesiones militares y civiles que ha recibido y que revelan el entusiasmo por su constitución y los fines patrióticos que la inspiran ha producido en toda España.

Durante la reunión se ha tenido conocimiento, por informaciones directas de los comandantes militares y gobernadores civiles, todos los cuales anteriormente se habían adherido con entusiasmo al Consejo, de que la tranquilidad era completa en toda la zona.

Es de lamentar, sin embargo, que en la capital de la República determinados elementos del Partido Comunista pretendan ocasionar alteraciones de orden público, y el Consejo Nacional de Defensa, que se impuso desde los primeros momentos no producir rozamiento alguno entre los diversos sectores políticos del país, siendo su trato igual para todos, no desconoce tampoco que la única garantía para conseguir los fines señalados en su manifiesto y que el pueblo español subraya con su más júbilo aprobación, está en el mantenimiento riguroso e inflexible del orden público.

De la serenidad de quienes más obligados están a guardarla espera el Consejo Nacional de Defensa sabrán responder al imperativo patriótico que la salud de la patria reclama y exige de todos los españoles. C. G., 6 de Marzo de 1939.»

Alocución del excelentísimo presidente del Consejo Nacional de Defensa, don José Miaja

«Españoles: Hemos tomado la dirección de los destinos de la zona republicana, no por la violencia, puesto que en ninguna población en ella comprendida se ha dado un solo paso de oposición a la medida por nosotros adoptada, creo y no quiero equivocarme que hemos interpretado fielmente los deseos del pueblo español, que desde hace tiempo se encontraba sin un Gobierno que lo comprendiera. Sé que muchos ciudadanos se preguntan por qué no se tomó antes esta medida. Se pudo hacer antes, desde luego; pero la pasión de determinado partido político impedía hacer esto sin un derramamiento de sangre, y ésta fué la causa principal que nos obligó a esperar. Ya ha derramado bastante sangre nuestro pueblo en la guerra para llevarle a una lucha interior entre partidos políticos. No hemos traicionado a nadie, y de ello estamos orgullosos, pues no existía Gobierno a quien hacer traición, ya que el que se titulaba Gobierno de la República se encontraba en rebeldía con el presidente de la misma. Sólo hemos cogido un Poder que estaba muerto para darle vida.

Estamos, satisfechísimos de la asistencia que el pueblo y el Ejército nos han prestado y de la confianza que en nosotros depositó. Habéis puesto, una vez más, de manifiesto ante el Mundo el extraordinario sentir que de la responsabilidad tiene nuestro pueblo y nuestro Ejército; nosotros, hombres todos de buena voluntad, y de honor, llevaremos la tranquilidad a los hogares españoles con la paz, pero una paz digna, como lo fué la guerra, pues en nuestra época el honor de las armas republicanas queda cubierto con creces. Queremos que con la mayor rapidez posible se concierte esta paz, que otros pueblos que se decían amigos del pueblo español querían alargar, prolongando esta lucha fratricida, en la que han caído millares y millares de hermanos nuestros por no haberse comprendido a tiempo. Nosotros esperamos que después de esta guerra los españoles piensen en la paz y en la prosperidad de nuestro pueblo, y que no se dejen arrastrar como lo fué en esta guerra nuestra patria a una lucha en la que ganen unos o ganen otros es al fin la patria la que pierde.

Como en el curso de la conversación por lo visto—Paulino Gómez llamara a Casado reiteradamente «general», le replicó éste que el nombramiento que le había conferido el Gobierno le faltaba su aceptación personal. «Soy coronel—dijo—; nada más. El título de general para mí carece de legalidad, puesto que le faltaba el refrendo del presidente de la República.» Debido el ministro insistir reiteradamente el deseo de trasladarse inmediatamente a Madrid, replicándole Casado que haría mal en venir. Sin duda, el ex ministro Sr. Gómez conocía desde hace tiempo el pensamiento del coronel Casado, puesto que éste le había informado con reiteración sobre la imposibilidad de que las cosas continuaran en la situación a que se había llegado después de la ofensiva del Ebro.

Terminó la conferencia con Paulino Gómez, y segundos después llamaba el general Miaja, a quien Casado exhortó a venir a la capital, «donde seguía contando con la simpatía del pueblo y con la admiración de quien tanto tiempo habían sido sus soldados.» Si siguiéramos relatando las sucesivas llamadas telefónicas a que el coronel Casado se vio obligado a atender en la madrugada del lunes, sería interminable esta impresión de jornada tan llena de emociones.

Diremos, sí, que entre los interpellados, telefónicos no podían faltar quienes, desconociendo el temple del coronel Casado, amenazaban con ciertas violencias; pero se encontraron con un militar sereno, de energía enorme, quien les contestó que tuviesen mucho cuidado con su conducta a partir del momento de la lectura de las alocuciones y del manifiesto, porque el que tratara de provocar una violencia se encontraría con que la réplica sería durísima. En virtud de otra llamada, el

doctor Negrín puso a su disposición un avión de toda confianza para que en él se trasladase el coronel Casado a la posición justa, de Elda, donde se encontraba el ex presidente del Consejo de ministros.

El jefe del Ejército del Centro rechazó el ofrecimiento, y a partir de este instante se repitieron las llamadas del doctor Negrín, requiriéndole constantemente para conferenciar con él.

A todos estos requerimientos el coronel Casado se negó rotundamente.

Como complemento de lo anterior, podemos apuntar que desde las primeras horas de la tarde, el coronel Casado tuvo la preocupación del mantenimiento del orden. Personalmente dictó instrucciones a los jefes de las unidades y Cuerpos especiales encargados de mantenerlo. Con su Estado Mayor realizó la distribución de las fuerzas que exigían los acontecimientos y recabó de los jefes de las unidades la máxima disciplina y el máximo rigor para cuanto su Estado Mayor ordenara en su nombre. A media noche eran tomados militarmente los centros de comunicación.

Cuando el redactor de la United Press acudió en las primeras horas de la noche del domingo al edificio del Cuartel general, el centinela le prohibió el paso siguiendo órdenes superiores. De nada sirvió que presentara documentos especiales que le acreditaba como informador cerca del jefe del Ejército del Centro. Bastó esta negativa para que se apercibiese de que se había entrado en una nueva página de la historia de España.

Permaneció dos horas a la puerta de la dependencia militar observando movimiento inusitado con la llegada de numerosos automóviles. Tuvo la sospecha de que el rumor público, tantos días circulado, de que la liquidación de la guerra se haría mediante la formación de una Junta civicomilitar empezaba a tener realidad.

Al fin, un ayudante del coronel Casado le invitó a penetrar en el edificio; pero advirtiéndole que cuando franqueara la puerta ésta quedaría cerrada por espacio de cuatro o cinco horas. Así sucedió. Permanecimos los periodistas en un despacho inmediato a la secretaría del coronel mientras éste, el Sr. Besteiro y los restantes componentes del Consejo ultimaban las alocuciones que iban a pronunciarse por radio y daban los últimos toques a lo que debía ocurrir a media noche.

Cuando las campanas del ministerio de la Gobernación, a través de la radio decían a los españoles: «Cambiamos de día», se nos invitó a escuchar directamente lo que a través de la emisora iba a conocer todo el Mundo. Apenas abierto el micrófono, fué fácil descubrir la voz firme de D. Julián Besteiro, que fué el primero en dirigirse al pueblo. A continuación habló Casado, que pronunció su alocución; le siguió Mera y finalmente se leyó el manifiesto que suscriben quienes constituyen el Consejo Nacional de Defensa.

Apenas habían pasado cinco minutos, cuando los teléfonos del Cuartel general empezaron a sonar insistentemente. Unos requerían personalmente al coronel para felicitarle; otros, para expresarle su asombro por el acto que acababa de realizar. El coronel, vistiendo traje de campaña, se cubría con un sencillo tabardo.

Uno de los primeros requerimientos que atendió por teléfono fué del ex ministro de la Gobernación del Gobierno Negrín, Paulino Gómez, quien debió mostrarse asombrado de lo que acababa de oír por la radio. Le replicó Casado que era imposible continuar más tiempo en la situación en que se había llevado al país y que el pueblo exigía un trato distinto del que había tenido en los últimos meses y que se le hablara con lealtad.

Como en el curso de la conversación por lo visto—Paulino Gómez llamara a Casado reiteradamente «general», le replicó éste que el nombramiento que le había conferido el Gobierno le faltaba su aceptación personal. «Soy coronel—dijo—; nada más. El título de general para mí carece de legalidad, puesto que le faltaba el refrendo del presidente de la República.» Debido el ministro insistir reiteradamente el deseo de trasladarse inmediatamente a Madrid, replicándole Casado que haría mal en venir. Sin duda, el ex ministro Sr. Gómez conocía desde hace tiempo el pensamiento del coronel Casado, puesto que éste le había informado con reiteración sobre la imposibilidad de que las cosas continuaran en la situación a que se había llegado después de la ofensiva del Ebro.

Terminó la conferencia con Paulino Gómez, y segundos después llamaba el general Miaja, a quien Casado exhortó a venir a la capital, «donde seguía contando con la simpatía del pueblo y con la admiración de quien tanto tiempo habían sido sus soldados.» Si siguiéramos relatando las sucesivas llamadas telefónicas a que el coronel Casado se vio obligado a atender en la madrugada del lunes, sería interminable esta impresión de jornada tan llena de emociones.

Diremos, sí, que entre los interpellados, telefónicos no podían faltar quienes, desconociendo el temple del coronel Casado, amenazaban con ciertas violencias; pero se encontraron con un militar sereno, de energía enorme, quien les contestó que tuviesen mucho cuidado con su conducta a partir del momento de la lectura de las alocuciones y del manifiesto, porque el que tratara de provocar una violencia se encontraría con que la réplica sería durísima. En virtud de otra llamada, el

doctor Negrín puso a su disposición un avión de toda confianza para que en él se trasladase el coronel Casado a la posición justa, de Elda, donde se encontraba el ex presidente del Consejo de ministros. El jefe del Ejército del Centro rechazó el ofrecimiento, y a partir de este instante se repitieron las llamadas del doctor Negrín, requiriéndole constantemente para conferenciar con él.

A todos estos requerimientos el coronel Casado se negó rotundamente. Como complemento de lo anterior, podemos apuntar que desde las primeras horas de la tarde, el coronel Casado tuvo la preocupación del mantenimiento del orden. Personalmente dictó instrucciones a los jefes de las unidades y Cuerpos especiales encargados de mantenerlo. Con su Estado Mayor realizó la distribución de las fuerzas que exigían los acontecimientos y recabó de los jefes de las unidades la máxima disciplina y el máximo rigor para cuanto su Estado Mayor ordenara en su nombre. A media noche eran tomados militarmente los centros de comunicación.

Cuando el redactor de la United Press acudió en las primeras horas de la noche del domingo al edificio del Cuartel general, el centinela le prohibió el paso siguiendo órdenes superiores. De nada sirvió que presentara documentos especiales que le acreditaba como informador cerca del jefe del Ejército del Centro. Bastó esta negativa para que se apercibiese de que se había entrado en una nueva página de la historia de España. Permaneció dos horas a la puerta de la dependencia militar observando movimiento inusitado con la llegada de numerosos automóviles. Tuvo la sospecha de que el rumor público, tantos días circulado, de que la liquidación de la guerra se haría mediante la formación de una Junta civicomilitar empezaba a tener realidad.

Al fin, un ayudante del coronel Casado le invitó a penetrar en el edificio; pero advirtiéndole que cuando franqueara la puerta ésta quedaría cerrada por espacio de cuatro o cinco horas. Así sucedió. Permanecimos los periodistas en un despacho inmediato a la secretaría del coronel mientras éste, el Sr. Besteiro y los restantes componentes del Consejo ultimaban las alocuciones que iban a pronunciarse por radio y daban los últimos toques a lo que debía ocurrir a media noche.

Cuando las campanas del ministerio de la Gobernación, a través de la radio decían a los españoles: «Cambiamos de día», se nos invitó a escuchar directamente lo que a través de la emisora iba a conocer todo el Mundo. Apenas abierto el micrófono, fué fácil descubrir la voz firme de D. Julián Besteiro, que fué el primero en dirigirse al pueblo. A continuación habló Casado, que pronunció su alocución; le siguió Mera y finalmente se leyó el manifiesto que suscriben quienes constituyen el Consejo Nacional de Defensa.

Apenas habían pasado cinco minutos, cuando los teléfonos del Cuartel general empezaron a sonar insistentemente. Unos requerían personalmente al coronel para felicitarle; otros, para expresarle su asombro por el acto que acababa de realizar. El coronel, vistiendo traje de campaña, se cubría con un sencillo tabardo.

Uno de los primeros requerimientos que atendió por teléfono fué del ex ministro de la Gobernación del Gobierno Negrín, Paulino Gómez, quien debió mostrarse asombrado de lo que acababa de oír por la radio. Le replicó Casado que era imposible continuar más tiempo en la situación en que se había llevado al país y que el pueblo exigía un trato distinto del que había tenido en los últimos meses y que se le hablara con lealtad.

Como en el curso de la conversación por lo visto—Paulino Gómez llamara a Casado reiteradamente «general», le replicó éste que el nombramiento que le había conferido el Gobierno le faltaba su aceptación personal. «Soy coronel—dijo—; nada más. El título de general para mí carece de legalidad, puesto que le faltaba el refrendo del presidente de la República.» Debido el ministro insistir reiteradamente el deseo de trasladarse inmediatamente a Madrid, replicándole Casado que haría mal en venir. Sin duda, el ex ministro Sr. Gómez conocía desde hace tiempo el pensamiento del coronel Casado, puesto que éste le había informado con reiteración sobre la imposibilidad de que las cosas continuaran en la situación a que se había llegado después de la ofensiva del Ebro.

Terminó la conferencia con Paulino Gómez, y segundos después llamaba el general Miaja, a quien Casado exhortó a venir a la capital, «donde seguía contando con la simpatía del pueblo y con la admiración de quien tanto tiempo habían sido sus soldados.» Si siguiéramos relatando las sucesivas llamadas telefónicas a que el coronel Casado se vio obligado a atender en la madrugada del lunes, sería interminable esta impresión de jornada tan llena de emociones.

Diremos, sí, que entre los interpellados, telefónicos no podían faltar quienes, desconociendo el temple del coronel Casado, amenazaban con ciertas violencias; pero se encontraron con un militar sereno, de energía enorme, quien les contestó que tuviesen mucho cuidado con su conducta a partir del momento de la lectura de las alocuciones y del manifiesto, porque el que tratara de provocar una violencia se encontraría con que la réplica sería durísima. En virtud de otra llamada, el

doctor Negrín puso a su disposición un avión de toda confianza para que en él se trasladase el coronel Casado a la posición justa, de Elda, donde se encontraba el ex presidente del Consejo de ministros. El jefe del Ejército del Centro rechazó el ofrecimiento, y a partir de este instante se repitieron las llamadas del doctor Negrín, requiriéndole constantemente para conferenciar con él.

A todos estos requerimientos el coronel Casado se negó rotundamente. Como complemento de lo anterior, podemos apuntar que desde las primeras horas de la tarde, el coronel Casado tuvo la preocupación del mantenimiento del orden. Personalmente dictó instrucciones a los jefes de las unidades y Cuerpos especiales encargados de mantenerlo. Con su Estado Mayor realizó la distribución de las fuerzas que exigían los acontecimientos y recabó de los jefes de las unidades la máxima disciplina y el máximo rigor para cuanto su Estado Mayor ordenara en su nombre. A media noche eran tomados militarmente los centros de comunicación.

Cuando el redactor de la United Press acudió en las primeras horas de la noche del domingo al edificio del Cuartel general, el centinela le prohibió el paso siguiendo órdenes superiores. De nada sirvió que presentara documentos especiales que le acreditaba como informador cerca del jefe del Ejército del Centro. Bastó esta negativa para que se apercibiese de que se había entrado en una nueva página de la historia de España. Permaneció dos horas a la puerta de la dependencia militar observando movimiento inusitado con la llegada de numerosos automóviles. Tuvo la sospecha de que el rumor público, tantos días circulado, de que la liquidación de la guerra se haría mediante la formación de una Junta civicomilitar empezaba a tener realidad.

Al fin, un ayudante del coronel Casado le invitó a penetrar en el edificio; pero advirtiéndole que cuando franqueara la puerta ésta quedaría cerrada por espacio de cuatro o cinco horas. Así sucedió. Permanecimos los periodistas en un despacho inmediato a la secretaría del coronel mientras éste, el Sr. Besteiro y los restantes componentes del Consejo ultimaban las alocuciones que iban a pronunciarse por radio y daban los últimos toques a lo que debía ocurrir a media noche.

Cuando las campanas del ministerio de la Gobernación, a través de la radio decían a los españoles: «Cambiamos de día», se nos invitó a escuchar directamente lo que a través de la emisora iba a conocer todo el Mundo. Apenas abierto el micrófono, fué fácil descubrir la voz firme de D. Julián Besteiro, que fué el primero en dirigirse al pueblo. A continuación habló Casado, que pronunció su alocución; le siguió Mera y finalmente se leyó el manifiesto que suscriben quienes constituyen el Consejo Nacional de Defensa.

Apenas habían pasado cinco minutos, cuando los teléfonos del Cuartel general empezaron a sonar insistentemente. Unos requerían personalmente al coronel para felicitarle; otros, para expresarle su asombro por el acto que acababa de realizar. El coronel, vistiendo traje de campaña, se cubría con un sencillo tabardo.

Uno de los primeros requerimientos que atendió por teléfono fué del ex ministro de la Gobernación del Gobierno Negrín, Paulino Gómez, quien debió mostrarse asombrado de lo que acababa de oír por la radio. Le replicó Casado que era imposible continuar más tiempo en la situación en que se había llevado al país y que el pueblo exigía un trato distinto del que había tenido en los últimos meses y que se le hablara con lealtad.

Como en el curso de la conversación por lo visto—Paulino Gómez llamara a Casado reiteradamente «general», le replicó éste que el nombramiento que le había conferido el Gobierno le faltaba su aceptación personal. «Soy coronel—dijo—; nada más. El título de general para mí carece de legalidad, puesto que le faltaba el refrendo del presidente de la República.» Debido el ministro insistir reiteradamente el deseo de trasladarse inmediatamente a Madrid, replicándole Casado que haría mal en venir. Sin duda, el ex ministro Sr. Gómez conocía desde hace tiempo el pensamiento del coronel Casado, puesto que éste le había informado con reiteración sobre la imposibilidad de que las cosas continuaran en la situación a que se había llegado después de la ofensiva del Ebro.

Terminó la conferencia con Paulino Gómez, y segundos después llamaba el general Miaja, a quien Casado exhortó a venir a la capital, «donde seguía contando con la simpatía del pueblo y con la admiración de quien tanto tiempo habían sido sus soldados.» Si siguiéramos relatando las sucesivas llamadas telefónicas a que el coronel Casado se vio obligado a atender en la madrugada del lunes, sería interminable esta impresión de jornada tan llena de emociones.

Diremos, sí, que entre los interpellados, telefónicos no podían faltar quienes, desconociendo el temple del coronel Casado, amenazaban con ciertas violencias; pero se encontraron con un militar sereno, de energía enorme, quien les contestó que tuviesen mucho cuidado con su conducta a partir del momento de la lectura de las alocuciones y del manifiesto, porque el que tratara de provocar una violencia se encontraría con que la réplica sería durísima. En virtud de otra llamada, el

ción alguna ni he necesitado renovar promesas de lealtad; más he limitado a cumplir mi obligación. Y sin más título que éste del deber cumplido, me dirijo a vosotros, compatriotas, con el dolor de España en el corazón y su nombre limpio en los labios, para advertiros que el pueblo ha tenido conciencia y gallardía suficientes para buscar, en medio de los horrores de la guerra, el camino de la paz, mediante la conciliación en la independencia y en la libertad.

Estos dos motivos esenciales de la guerra defensiva que sostiene la República son los crisoles en que se funden todos los anhelos populares del lado de acá de las trincheras, y así lo hemos proclamado tantas veces cuantas fueron menester, y de modo rotundo y decisivo en ocasión reciente. No luchamos por nada ajeno a nuestra voluntad y a nuestro interés de españoles. Queremos una patria exenta de toda tutela extranjera, libre de toda supeditación a las ambiciones imperialistas, que van a devastar otra vez Europa, y capaces de registrarse internamente con entera libertad.

«No hay margen para otra política que la de identificación absoluta con este intento supremo de defender la España no invadida, mientras llega el momento de la paz en la independencia, en la seguridad y en la libertad.» Altas palabras que tienen hoy por mandato supremo todos los partidos políticos y todas las organizaciones obreras de esta zona. Altas palabras, compatriotas, que también a vosotros van dirigidas, y que, se quiera o no se quiera, os han de obligar tanto, en conciencia, como a los españoles del lado de acá de los frentes.

Asimismo no nos afectan únicamente a nosotros, sino que a vosotros también os atañen en la misma medida estas frases con que hemos expresado el dilema que tenemos delante y la decisión con que lo mira el pueblo: «O todos nos salvamos, o todos nos hundimos en la exterminación y en el oprobio.» Nuestra suerte está echada, y sólo depende de nosotros mismos el salir del trance difícil por nuestra voluntad y nuestra resolución común.

DISCURSO DE CIPRIANO MERA

«A partir de este momento, España tiene un Gobierno y una misión: la paz»

«Trabajadores antifascistas! Españoles con dignidad!

Un hijo del pueblo, carne de su carne y sangre de su sangre, milita porque desde Julio de 1936 siente y cumple el deber ineludible de empuñar las armas para defensa de la independencia y de la libertad de su patria, se dirige a vosotros con el corazón y la conciencia en los labios para explicaros con toda sencillez la trascendencia de la actitud que responsablemente adopta en este momento histórico.

La derrota sufrida por las armas antifascistas en Cataluña me ha resultado, además de dolorosa, inexplicable, mientras no he tenido el convencimiento de que fué precedida por la traición de unos hombres dispuestos a vender a precio de oro y de orgía la sangre generosa del pueblo español. La traición aludida, que nos hizo perder pedazos de nuestra patria, que ha estado a punto de dar al traste con el movimiento obrero español y que ha puesto en peligro la dignidad del antifascismo, que es nuestro interés moral de mayor valía, ha culminado en la actitud alevosa y criminal de Juan Negrín, gobernante indigno de los combatientes y de los trabajadores, cuya política personalista le ha hecho incompatible con los ministros de su Gabinete, que no tiene más finalidad que la de hacer un alijo con los tesoros nacionales y huir mientras el pueblo queda maniatado frente al enemigo.

Durante las últimas veinticuatro horas, ha sucedido todo lo que puede suceder donde hay gobernantes traidores a sus promesas, a su pueblo y a todos los principios ideológicos y morales. Esto nos ha creado una situación delicada, ante la cual este militar que os habla con la emoción que le produce el re-

Escoged, españoles de la zona invadida, entre los extranjeros y los compatriotas; entre la libertad fecunda y la ruinosa esclavitud; entre la paz en provecho de España o la guerra al servicio de la locura imperialista.

En nuestra zona no hay extranjeros. Para que el carácter de nuestra lucha no quede en dudas malintencionadas, hemos prescindiendo hasta de la ayuda que quisieron prestarnos algunos hombres de diversos países, sin intervención de ningún Estado. Sólo españoles hay en nuestro Ejército.

Volved los ojos al interés patriótico; la mirada, a España. Es esto lo que nos importa como base de cualquier aspiración que legítimamente podamos tener. Nuestra lucha no terminará mientras no aseguréis la independencia de España. El pueblo español no abandonará las armas mientras no tenga la garantía de una paz sin crímenes. ¡Establecedla! No soy yo quien así os habla. Os dicen esto un millón de hombres movilizados para la guerra y una retaguardia sin fronteras de retirada, dispuesta a batirse en lucha a muerte por la consecución de estos fines, que son de paz: «Asegurar la independencia de España y evitar que nuestro país se sumerja en un mar de sangre, de odio y de persecuciones, que hagan imposible por muchas generaciones una patria española unida por algo más que la dominación extranjera, la violencia y el terror.»

En vuestras manos, que no en las nuestras, están hoy la paz—necesaria para que España se recupere a sí misma—y la guerra—necesaria para la debilita y la desbrava para ponerla al servicio del invasor—. Escoged; que si nos ofrecierais la paz, encontraríais, generoso, nuestro corazón de españoles; y si continuáis haciéndonos—y haciéndonos—la guerra, hallaréis, implacable, segura, templada como el acero de las bayonetas, nuestra heroica moral de combatientes. O la paz por España, o la lucha a muerte. Para una y otra decisión estamos dispuestos los españoles independientes y libres que no tomamos sobre nuestra conciencia la responsabilidad de destruir nuestra patria.

«Españoles! ¡Viva la República! ¡Viva España!»

DISCURSO DE CIPRIANO MERA

«A partir de este momento, España tiene un Gobierno y una misión: la paz»

«Trabajadores antifascistas! Españoles con dignidad!

Un hijo del pueblo, carne de su carne y sangre de su sangre, milita porque desde Julio de 1936 siente y cumple el deber ineludible de empuñar las armas para defensa de la independencia y de la libertad de su patria, se dirige a vosotros con el corazón y la conciencia en los labios para explicaros con toda sencillez la trascendencia de la actitud que responsablemente adopta en este momento histórico.

La derrota sufrida por las armas antifascistas en Cataluña me ha resultado, además de dolorosa, inexplicable, mientras no he tenido el convencimiento de que fué precedida por la traición de unos hombres dispuestos a vender a precio de oro y de orgía la sangre generosa del pueblo español. La traición aludida, que nos hizo perder pedazos de nuestra patria, que ha estado a punto de dar al traste con el movimiento obrero español y que ha puesto en peligro la dignidad del antifascismo, que es nuestro interés moral de mayor valía, ha culminado en la actitud alevosa y criminal de Juan Negrín, gobernante indigno de los combatientes y de los trabajadores, cuya política personalista le ha hecho incompatible con los ministros de su Gabinete, que no tiene más finalidad que la de hacer un alijo con los tesoros nacionales y huir mientras el pueblo queda maniatado frente al enemigo.

Durante las últimas veinticuatro horas, ha sucedido todo lo que puede suceder donde hay gobernantes traidores a sus promesas, a su pueblo y a todos los principios ideológicos y morales. Esto nos ha creado una situación delicada, ante la cual este militar que os habla con la emoción que le produce el re-

La sublevación en Cartagena y Murcia

EN MURCIA Y CARTAGENA SE RESUELVE LA SITUACION

La constitución del Consejo Nacional de Defensa ha servido, en primer término, para resolver en favor del pueblo la situación que la política personalista del doctor Negrín había provocado en Murcia y Cartagena. Las guarniciones de ambas plazas y la dotación de la Flota republicana se han puesto incondicionalmente al servicio del Consejo Nacional de Defensa.

LA REFERENCIA DEL CORONEL CASADO RESPECTO A LA SUBLEVACION EN CARTAGENA

El coronel Casado, en su conversación ayer con los periodistas,

tas, después de aludir a la conferencia celebrada por iniciativa del ilustre general Miaja, congratulose de su llegada a la capital de la República e hizo referencia a la sublevación de Cartagena, en respuesta a la pregunta que acababa de formularle uno de los reporteros en solicitud de ampliación de noticias.

Dijo que parecía haber sido motivada por discrepancias con el Gobierno, y apuntó que quizá lo que provocó la rebeldía fué la destitución, efectuada mediante una orden aparecida en el ejemplar a posteriori del «Diario del Ministerio de Defensa Nacional», del general Bernal, que contaba con la confianza de las fuerzas de la Flota.

Historia actuación del coronel Casado en la jornada del domingo

Por considerarlo de alto interés histórico y reflejar exactamente el momento que recoge, ofrecemos a nuestros lectores una traducción fiel del relato que un redactor de la agencia americana United Press ha hecho de los acontecimientos de la última noche. El corresponsal extranjero dice así: «Durante bastantes días hemos hablado de las diversas entrevistas mantenidas por el coronel Casado con algunos ministros que se encontraban en Madrid y con representantes del Frente Popular. Casado, hombre netamente militar, exacto colaborador de los preceptos constitucionales, apreciaba que desde el derrumbamiento del frente del Ebro la República había entrado en una fase difícil y que se necesitaba robustecerla a través de un Gobierno fuerte, que fuese representación de los sentimientos del país. Como militar cien por cien, Casado guardó silencio. Contados minutos conocieron el pensamiento de Casado y el juicio que le merecía la situación que se había creado al régimen republicano. La obligada discreción, ante la gravedad de los momentos que se vivían, nos formó guardar silencio sobre varios viajes que realizó Casado en los últimos días—algunos de ellos no superiores en duración a cuarenta y ocho horas—para mantener diversas conversaciones e incluso con algunos ministros que se encontraban en Levante y al objeto de exponerle la imposibilidad de que se prolongase la situación en

que se encontraba la República. Las respuestas que logró fueron siempre demoras, sin que se adelantase en la resolución de la situación creada, y de esta forma se llegó al día de hoy. Ora de las cuestiones que el coronel Casado estimó anormales, y que le movieron a adoptar su decisión fué que el Gobierno Negrín permitiese que aparecieran determinados ascensos y cambios de mandos militares publicados en un diario oficial que nadie sabía dónde se editó, dándose el caso de que tales disposiciones fueren conocidas por algunos ministros al decirseles «que se habían publicado». En estas condiciones, como queda dicho, se llegó al domingo sin que se advirtiera anomalía alguna. Se mantenia la sensación de que todo se desenvolvía en forma normal; pero las horas eran inminentes. Lo ocurrido en Cartagena ha sido otro de los factores que han acelerado la determinación del coronel jefe del Ejército del Centro, quien contaba ya, desde bastantes horas antes, con el asentimiento de quienes asumen la responsabilidad de la nueva situación. Se precisaba también reducir a la obediencia al Partido Comunista, que tanta influencia ha tenido sobre el doctor Negrín y al que se le atribuyen gran parte de lo acaecido en Cartagena. Al mediado el coronel Casado celebraba una extensa conversación con los cinco ministros que en el día de ayer se encontraban en Madrid. Para evitar que la

Espectáculos

(INDUSTRIA INTERVENIDA POR EL ESTADO)

TEATROS

IDEAL.—5,15. La cruz del matrimonio y debut de María Luisa Albalá, con La Pinturera (éxito clamoroso). A las 5,30 ASCASO.—Mariquilla Terremoto (de los Quinteros). BARRAL.—¡Qué solo me dejais! (gran éxito cómico). COMEDIA.—Los intereses creados (de D. Jacinto Benavente). CHUECA.—Nobelia batutta (éxito extraordinario). ESLAVA.—¡No la engañes, Atilano! ESPAÑOL.—El alcalde de Zalamea (éxito clamoroso). FUENCARRAL.—Cock-tail o Una copia hecha mujer (de Silva Aramburu y maestro Luna). GARCIA LORCA.—Pide por esa boca (superrevista excepcional). JOAQUIN DICENTA.—La reina de la colmena (éxito insuperable). LARA.—¡Yo soy un señorito! (magnífica comedia flamenca) y Carmelita Vázquez. LATINA.—Juan José (de Dicenta). LOPE DE VEGA.—¡Qué más da! (grandioso suceso). MAJAVILLAS.—La flauta de Bartolo (la revista de la alegría). MARTIN.—Por tu cara bonita (éxito inmenso). PARDINAS.—Bohemios (Conchita Palacios) y Una vieja (Cándida Suárez, José Riera). PAVON.—Los ahuecos (gran éxito). PROGRESO.—¡No me atropelles! (magnífica revista).

TEATROS DE VARIEDADES

CALDERON.—5, nuevo y grandioso programa en su espectáculo Radio Variedades Calderón 1940, en el que intervienen Carmen Flores, Ana Mary (Shirley Temple española), Margarita and Francis, Lolita Granados, Julieta Oliver, Cojo Madrid, Leonor Domínguez, Pepita Hovía, Benito Ballesteros, Sepepe, Adelita Saavedra, Ballet Calderón, Los Piters, Rollán, Orquesta Calderón, Les Richard, Carmen Numanini, Juanita Crespo, Santiago Escudero, Gloria Fortuny, Pharry Sisters. VARIEDADES.—3,45 y 6, extraordinario éxito: Poli Frontero, Carmen Córdoba, Consuelo Zamora, Pepita Marcos, Zadora, Mary-Angeles, Guillén, Mary-Domínguez, Canario de Madrid, Paco Aguilera, Hermanas Brasil, Peter and Baby, Julieta Castañón, Moreno, Paquita Almería, Pemppoff, Thedy, Nabucodonosorito, Zampabollas, Gran Orquesta Florida. ZARZUELA.—5, presentación del nuevo y grandioso espectáculo Mosaicos internacionales y debut del nuevo programa de atracciones. Interviniendo Ben Omar, Marga Gasqué, Lolita Santadell, Fidérita Cobos y Montemayor, Rosita Crespo, Lolita Villaspesa, Pepe Medina, Luis Torr, Conchita Muñoz, Marcos Cejudo, Conchita y Pagán, Pepe Pinto, Alfonso Alfaro, Arthur, Mary-Paz, Victoria de Madrid, Juan de Orduña, Negro Aquilino, Lorenzo Duque, Muguet-Albaicín, Pastora Imperio, Antonio Pérez, 10 girls Revue, Rafael Martínez, Orquesta Renacimiento.

CINEMATOGRAFOS

DORÉ.—4 y 6, Tarzán de los monjes. PALACIO DE LA MUSICA.—4 y 6,15, Desfile de primavera (Franziska Gaal; tercera semana). A las 4 y 6,30 ASTUR.—Un profesor ideal (Anny Ondra). AVENIDA.—Noche de tormenta (Edmund Lowe-Karen Morley; segunda semana). BARCELO.—Los marinos del Báltico (film ruso; en español; segunda semana). BELLAS ARTES.—Su majestad Kelly (opereta). BILBAO.—La generalita (opereta); Ruby Keeler-Dick Powell; segunda semana). CAPITOL.—La condesa de Montecristo (Brigitte Helm; segunda semana). CHAMBERI.—Un corazón por una canción (opereta). ENCOMIENDA.—Polvorilla (Jean Harlow). GENOVA.—La virtud quebrantada (graciosísima). GOYA.—Me estorba el dinero (opereta).

Zarzuela

HOY, 5 TARDE

PRESENTACION DEL NUEVO Y GRANDIOSO ESPECTACULO

Mosaicos internacionales

DEBUT DEL MARAVILLOSO PROGRAMA DE TREINTA COLOSALES ATRACCIONES

Figurando: Ben-Omar, Isabella Serrano, Marga Gasqué, Lolita Santadell, Fidérita Cobos, Montemayor, Rosita Crespo, Lolita Villaspesa, Pepe Medina, Luis Torr, Conchita Muñoz, Juan de Orduña, Negro Aquilino, Lorenzo Duque, Marcos Cejudo, Conchita y Pagán, Pepe Pinto (a la guitarra Alfonso Alfaro), Arthur, Mary-Paz, Victoria de Madrid, Muguet-Albaicín, Pastora Imperio, Antonio Pérez, 10 girls Revue, Rafael Martínez y Orquesta Renacimiento

MONUMENTAL.—Verónica (Franziska Gaal; segunda semana). PADILLA.—Atlantic Hotel (Anny Ondra). PLEVEL.—La hiena (sensacional). PRENSA.—La noche del terror (Bela Lugosi) y El vecindario solitario (Ken Maynard; segunda semana). ROYALTY.—Es el amor (opereta). SALAMANCA.—Aguja en el suelo (Maruchí Fresno-Luis Peña). TIVOLI.—La escuadrilla infernal (Richard Dix-Karen Morley; segunda semana).

CINES DE SESION CONTINUA

CARRERAS.—De 11 a 3 y 4 y 6,30 (numeradas). Una noche en el Cairo (Ramón Novarro). FLOR.—Desde 4,15, Madre de artistas (Jackie Cooper). MADRID-PARIS.—De 11 a 4; 4,30 y 6,30, Pámpica (Franziska Gaal). METROPOLITANO.—Desde las 4, ¡Viva el amor! (Géné Kaymond).

De 11 mañana a 9 noche

ACTUALIDADES.—Avidex de tragedia (James Cagney). GALATRAS.—La señora no quiere hijos (Marie Glorie). GONG.—La es